

EL PROFESOR ADOLFO E. ATENCIO (1908-1968) Y EL "REALISMO PEDAGOGICO"

PALABRAS DEL PROF. ARTURO A. ROIG

9 de junio de 1968.

Si quisiéramos ubicar la figura del Profesor Adolfo E. Atencio dentro del movimiento de las ideas pedagógicas argentinas, deberíamos sin duda alguna referirnos a la obra de otros pedagogos que marcaron con su acción el signo de nuestra enseñanza a partir de 1930: Juan Mantovani y Juan Cassani. Muy cerca de ellos se movió la extensa y silenciosa labor del Profesor Atencio, en especial del primero de los nombrados, el Profesor Mantovani, a quien le unió amistad estrecha y devoción permanente.

Si a esto agregamos que en las viejas y veneradas aulas de la Escuela Normal de Paraná de las que egresó en 1932, tuvo por maestro a Vicente Fatone, Carlos María Onetti, Angel Vasallo y Luis Juan Guerrero, todos ellos destacados representantes del pensamiento argentino y por los que guardó, en especial respeto de Vicente Fatone, un claro recuerdo y una fuerte admiración, fácilmente podremos hacernos una idea del clima espiritual en que se movió y desarrolló su obra docente.

La presencia del profesor Atencio en la cátedra de Pedagogía de nuestra Facultad de Filosofía y Letras durante diecisiete años, a partir de 1951, significó además el entronque del vigoroso movimiento pedagógico mendocino, llevado a cabo especialmente en el nivel de la enseñanza primaria, con la pedagogía de la edad juvenil, media y universitaria que reclamaban las nuevas instituciones docentes aparecidas en nuestro medio. Atencio, como buen normalista, no olvidó nunca lo que sabía de la pedagogía infantil y nunca entendió que hubiera un hiato entre las especializaciones del saber pedagógico, como para que el profesor universitario pudiera desprenderse de aquella larga y fuerte tradición que hizo objeto al niño de preferente acción educativa. Intentó pues totalizar lo pedagógico con un sentido amplio y mantuvo vigente exi-

gencias integradoras que resultan ya un tanto ajenas a algunos enfoques, en ciertos casos peligrosamente especializados, de la pedagogía universitaria. Esa misma actitud le impulsó a ver permanentemente en el estudiante de nuestras facultades, un adolescente antes que un adulto, si bien entendido no con las exigencias y limitaciones propias de la enseñanza media, sino con el nuevo horizonte que la docencia universitaria abre a los jóvenes. Su larga actuación en los colegios secundarios y su preocupación por la tarea que a nuestra Facultad de Filosofía y Letras le compete como formadora de profesores destinados a aquellos colegios, le mantuvo pues dentro de una órbita de intereses educativos que han dado sentido a los cuidadosos y nutridos programas desarrollados por él en nuestras aulas. Labor sin duda fecunda que no habrá de ser olvidada ni tampoco desatendida en cuanto que toda sana pedagogía, más allá de las especializaciones, no ha de olvidar lo ficticio y lo negativo de ciertos criterios rutinarios que separan el proceso de la enseñanza sobre la base de edades, olvidando que ellas no son más que momentos de un desarrollo con unidad interna.

Por esto mismo, Atencio veía con buenos ojos que la Universidad se integrara en su labor pedagógica, en una tarea que reuniera dentro del ámbito universitario, desde la formación pre-escolar llevada a cabo por los jardines de infantes, hasta la formación post-universitaria de graduados, realizada en seminarios de investigación y de alta docencia.

Lección importante que no debemos olvidar sin duda los que llevados por las exigencias mismas de la enseñanza en el nivel superior, corremos el peligro de caer en un pedagogismo universitario estrecho y parcializador.

Si tuviéramos que definir de algún modo la pedagogía vivida por Atencio, creo que podríamos hacerlo diciendo que dentro del amplio y fecundo margen de la "escuela activa", predicaba un "realismo pedagógico", manifestando en un interno equilibrio siempre buscado con celo, entre los ideales educativos y las circunstancias histórico-culturales. Deberíamos agregar todavía que aquellos "ideales educativos" eran vistos por Atencio como concretados en función de tradiciones a las que analizaba con ojo sereno y a las que juzgaba con cuidadosa prudencia. No era la pedagogía sin duda para él un campo en el que se ha de aventurar el educador a la realización de radicales cambios, siempre sujetos a trastornos y con el peligro del fracaso, sino más bien un terreno en el que se ha de dar importancia a lo ya dado, a lo que se ha venido haciendo y dentro de ello, elegir, fuera de pasiones y de utópicos impulsos, lo que pueda llevar hacia mejor en la difícil tarea de hacer hombres. Esto im-

plicaba pues una actitud amorosa hacia nuestras tradiciones pedagógicas y un cierto apego que implicaba también una concordancia espiritual con ellas.

Aquel "realismo pedagógico" pretendía además apoyarse sobre una inquisición permanente de lo actual. Mantuvo una curiosidad siempre vigilante por la situación del niño y del adolescente dentro del marco de la familia y sociedad contemporáneas; tenía ideas claras sobre los procesos sufridos en los últimos años y le preocupaba ese esfuerzo permanente que se ha de llevar a cabo, del reajuste de los ideales respecto de las situaciones concretas dictadas por una sociedad en crecimiento, cada vez más llena de problemas ineludibles.

Esta exigencia de visión histórico-cultural no podía menos que llevarle pues a un realismo que podríamos calificar de "culturalista" y dentro del cual la filosofía de los valores desempeñaba importante papel como instrumento para la captación de la realidad. Dentro de esto enmarcó su visión de la nacionalidad e hizo, siempre con la prudencia y la delicadeza de sus juicios, un nacionalismo sin alardes pero no menos intensamente sentido ni menos auténtico.

Frente a la disyunción planteada entre la "escuela antigua" y la "escuela nueva", la una dominada por la pasividad del alumno, la otra por la iniciativa y la actividad del mismo, predicó con insistencia las virtudes de ésta última e hizo conocer sus principales doctrinas, ya fueran ellas las de Dewey, Decroly o la Montessori; pero en virtud de su espíritu de equilibrio no olvidó la vieja figura del maestro que en la repudiada "escuela clásica" había llenado el aula con su presencia y dado sentido a una pedagogía justificada por su contorno histórico-cultural.

No en balde había pasado además Atencio por las aulas de nuestras escuelas normales en las que la enseñanza de la pedagogía no descuida la atención de la estructura material del aula y del colegio. La pedagogía implica una filosofía y aun una metafísica —cosa que en verdad no es necesario recordarlo— pero también en forma coherente exige que nos preguntemos, a veces de modo aparentemente trivial para quienes no viven con sentido realista el hecho pedagógico, por el mobiliaje del aula, por la vestimenta de los niños y adolescentes, por la decoración de las paredes de la escuela, del colegio o de la sala de seminarios. Atencio nos hablaba de un aula en la cual los bancos y las paredes estaban hechas para "escuchar" y en la que los programas estaban distribuidos de modo matemático a lo largo del año de estudios y propugnaba conforme con las exigencias de una juventud cada vez más vigorosa-

mente consciente de su papel en la sociedad contemporánea, enfoques pedagógicos integrales. En estos planteos quedaba evidenciada aquella pedagogía realista a la vez que puesta de manifiesto una de las características básicas del espíritu que exige la coherencia más íntima entre la teoría y la praxis.

Conforme con su realismo pedagógico son también los planteos que Atencio nos ha dejado sobre la humanidad, tema del más alto interés para nuestra vida académica. A su juicio el humanismo no podrá fortificarse ni aun crearse para nuestra época, sobre la base de la propaganda de los estudios clásicos, ni de su imposición dentro de los planes de estudio, afirmaciones éstas que no implican desconocer su alto valor formativo en cuanto que "las escalas axiológicas que rigen para nosotros siguen fluyendo de la antigua civilización greco-romana y de las formas culturales inspiradas por la doctrina cristiana". Las posibilidades de un neo-humanismo se han de buscar, frente a las tendencias disociadoras del mundo contemporáneo o regido por la tecnificación y la propaganda, dentro del impulso juvenil que por obra misma de sus energías propias y en contra de una visión pesimista, se abre positivamente hacia el futuro. Su fe en los jóvenes, fe sin la cual no hubiera sido posible en él eros pedagógico alguno, le llevaba a interpretar la rebeldía propia de la juventud, como demostrativa de nuevas actitudes frente al mundo y la existencia, que preanunciaban con sus típicas negaciones "las geometrías espirituales de lo por venir". Veía en los jóvenes una sed y hambre de autenticidad y una vocación de realidad que debían ser el motor seguro "para la creación de un nuevo humanismo integral".

Nobles ideas y sentimientos todos estos que dieron una especial coloración a la extensa labor docente del Profesor Adolfo Atencio —nuestro querido amigo— prodigada oralmente a lo largo de tantos años. El Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, al que él ha llamado "isla hospitalaria de fecunda paz espiritual y de trabajo incesante", como también la Sociedad Cuyana de Filosofía de la que fuera socio fundador, se unen en este sencillo pero muy sentido acto para honrar su memoria de hombre de bien y de maestro enamorado, altos títulos a los que quisiéramos poder llegar todos en nuestra vida.